

Miguel León-Portilla

*La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## LA META DE LA EDUCACIÓN ENTRE LOS NAHUAS

Abundantes son ciertamente las fuentes de primera mano que nos hablan acerca de la *Tlacahuapahualiztli* o “arte de criar y educar a los hombres” en el mundo náhuatl prehispánico.<sup>2</sup> Tanto es así que pudiera escribirse un libro aparte, en el que con auténtico sentido humanista podría reconstruirse —como lo hizo Jaeger respecto de la *Paideia* griega— la rica y profunda concepción del hombre implicada por la *Tlacahuapahualiztli* (arte de criar y educar a los hombres).<sup>3</sup>

Mas, ahora, nuestro fin es sólo analizar algunos de los principales aspectos de este arte náhuatl de educar seres humanos para descubrir así uno de los más elevados objetivos del hombre náhuatl, considerado dinámicamente como sujeto creador.

Es cierto que, en todos los pueblos cultos, la educación es el medio de comunicar a los nuevos seres humanos la experiencia y la herencia intelectual de las generaciones anteriores, con el doble

<sup>2</sup> La voz misma *Tlacahuapahualiztli*, formada de *tlaca*: “hombres”, y *huapahualiztli*, término abstracto que significa: “crianza o educación”, refleja ya la conciencia que tenían los nahuas de poseer lo que hoy llamaríamos “un arte de educar”. En el mismo “Huehuetlatolli, documento A” (*Tlalocan*, v. 1, n. 2, p. 99), donde encontramos el término *Tlacahuapahualiztli*, se halla también otro término sumamente expresivo con el que se designa la idea de educación: *Ixtlamachiliztli*, compuesto de la voz ya analizada en el capítulo 1: *tlamachiliztli*, sabiduría en sentido pasivo: “sabiduría sabida”, y del radical de *ix(tli)*: rostro. De lo que resulta que *Ix-tlamachiliztli* equivale a “sabiduría que se trasmite a los rostros ajenos” (véase *Tlalocan*, v. 1, n. 2, p. 97). Acerca del concepto de la *Ixtlamachiliztli*, véase: “El concepto náhuatl de la educación”, en *Siete ensayos sobre cultura náhuatl*, de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1958, p. 57-81.

<sup>3</sup> El doctor Francisco Larroyo ha logrado una acertada reconstrucción de los métodos e ideales de las principales formas de educación prehispánica. Es de especial interés, desde el punto de vista de nuestro tema, el bien documentado capítulo que consagra a la educación entre los aztecas en su *Historia comparada de la educación en México*, 3a. ed., México, Editorial Porrúa, 1952, p. 56-67.

fin de capacitarlos y formarlos en el plano personal e incorporarlos eficazmente a la vida de la comunidad. Pues bien, así como en la *Paideia* de los griegos se acentuaba probablemente más el carácter personalista, así entre los nahuas, especialmente en el imperio azteca, se atendía de preferencia al segundo aspecto de la educación: el de la incorporación de los nuevos seres humanos a la vida y objetivos supremos de la comunidad. Esta idea, que pone de relieve el carácter comunitario de la *Tlacahuapahualiztli*, no debe, sin embargo, hacernos pensar en una absorción de la personalidad: *rostro y corazón*, por parte del grupo. Porque, en contra de esto, encontraremos el testimonio de los textos que vamos a estudiar y que expresamente hablan de una cabal formación del *rostro y el corazón*.

Lo único, pues, que debe destacarse, para comprender desde un principio los móviles nahuas en la educación, es el interés demostrado por los dirigentes de la comunidad en incorporar desde luego al ser humano a la vida del grupo, en la que en adelante siempre tendrá que desempeñar un papel especial. Acertadamente expresa esta misma idea el padre José de Acosta, cuyo parecer aduce ya Clavijero en su *Historia*:

Ninguna cosa —dice el padre Acosta— me ha admirado más ni parecido más digna de alabanza y memoria que el cuidado y orden que en criar a sus hijos tenían los mexicanos. En efecto, difícilmente se hallará nación que en tiempo de su gentilidad haya puesto mayor diligencia en este artículo de la mayor importancia para el estado.<sup>4</sup>

Tomando esto en cuenta, empezaremos por tratar de la primera educación dada a los niños en la casa paterna. Giraba ésta, ya desde sus comienzos, alrededor de la idea de fortaleza y control de sí mismos, que de manera práctica y por vía de consejos se inculcaba en los niños. Así, el *Códice mendocino* nos ilustra acerca de lo reducido de la ración alimenticia que se les daba, para enseñarles a controlar su apetito,<sup>5</sup> al igual que sobre los primeros quehaceres de tipo doméstico, como los de acarrear agua o leña, en que eran

<sup>4</sup> *Apud* Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, t. III, p. 196.

<sup>5</sup> Respecto de la educación impartida tocante al comer, nota acertadamente el doctor Eusebio Dávalos: “desde pequeños se les enseñaba a no abusar ni de los alimentos ni de cosa alguna. El auto-control parecía ser la característica funda-

ejercitados. Por lo que toca a los consejos paternos, es elocuente el siguiente texto de los informantes indígenas de Sahagún, en el que se describe la primera misión educadora del padre:

- 1 El padre de gentes: raíz y principio de linaje de hombres.
- 2 Bueno es su corazón, recibe las cosas, compasivo, se preocupa, de él es la previsión, es apoyo, con sus manos protege.
- 3 Cría, educa a los niños, los enseña, los amonesta, les enseña a vivir.
- 4 Les pone delante un gran espejo, un espejo agujereado por ambos lados, una gruesa tea que no ahúma...<sup>6</sup>

Como podrá comprobarse, varias de las funciones que se asignan aquí al “padre de gentes” (*te-ta*) guardan una estrecha semejanza con algunos de los rasgos del *tlatimini* en su misión de educador. Ya en la línea 2 del texto que ahora citamos es descrito como un hombre de buen corazón (*in qualli iyollo*), previsión, sostén y protección de sus hijos. Pero es sobre todo en las líneas 3 y 4 donde aparece claramente la forma como desempeña su papel de educador en el hogar: no sólo cría a sus hijos, atendiendo al aspecto meramente biológico; su misión principal está en enseñarlos y amonestarlos. Y esta idea, que evoca la de largos discursos paternos dirigidos al hijo en diversas ocasiones, la encontramos repetida por la gran mayoría de los cronistas, que incluso han conservado en versión castellana varias de las que hoy llamaríamos exhortaciones morales.<sup>7</sup> Y como para dar mayor fuerza a la idea de que el padre es quien primero amonesta y enseña a sus hijos a conocerse y gobernarse a sí mismos, encontramos aquí la misma metáfora aplicada al *tlatimini*: el padre también “les pone delante un gran espejo” para que aprendan a conocerse y a hacerse dueños de sí mismos.

Son, pues, dos principios fundamentales los que guían la educación náhuatl impartida ya desde el hogar: el del auto-control por

mental del Mexica”. (E. Dávalos, “La alimentación entre los mexica”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIV, 1a. parte, p. 107.)

<sup>6</sup> *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VI (2), f. 199; AP I, 59.

<sup>7</sup> Citamos sólo por vía de ejemplo las que conservan Sahagún (*op. cit.*, t. I, p. 523-555), y Mendieta (*op. cit.*, t. I, p. 121-136), etcétera.

medio de una serie de privaciones a que debe acostumbrarse el niño y el del conocimiento de sí mismo y de lo que debe llegar a ser, inculcado a base de repetidas exhortaciones paternas.

Una segunda etapa en el proceso de la *Tlacahuapahualiztli* (“arte de criar y educar a los hombres”) se abría con la entrada del niño a los centros de educación que hoy llamaríamos públicos. De acuerdo con el *Códice mendocino*, a los quince años ingresaban los jóvenes nahuas, bien sea al *Telpochcalli* (casa de jóvenes) o al *Calmécac*, escuela de tipo superior en donde se educaban los nobles y los futuros sacerdotes.<sup>8</sup> Sin embargo, como lo hace notar Soustelle:

este documento (el *Códice mendocino*) está en desacuerdo con los textos más seguros. Parece que la educación puramente familiar cesaba mucho antes. Algunos padres llevaban a sus hijos al *Calmécac*, desde el momento en que eran capaces de andar y, en todo caso, los niños ingresaban a la escuela entre los seis y nueve años.<sup>9</sup>

De cualquier manera, es un hecho cierto que se atribuía una gran importancia al momento en que, ingresando en cualquiera de las escuelas, se incorporaba así plenamente el niño o joven náhuatl a los moldes de vida y cultura de la comunidad. Sahagún nos ha conservado en su *Historia* la versión resumida de los discursos cambiados entre el padre del educando y los sacerdotes y directores de las escuelas, al confiarse a éstos la ulterior educación del niño.<sup>10</sup>

Ante la imposibilidad de adentrarnos en un estudio pormenorizado de los múltiples aspectos destacados por la educación náhuatl, nos concretaremos a exponer cuál fue el ideal supremo que se buscaba en los *Telpochcalli* y en los *Calmécac*.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> *Calmécac*, voz compuesta de *calli*: casa, y *mécatl*: cordón; literalmente significa “en la hilera de casas”. Connota, pues, una imagen de la forma como se alineaban las habitaciones en estos a modo de monasterios, donde se enseñaban y transmitían los aspectos más elevados de la cultura náhuatl.

<sup>9</sup> Jacques Soustelle, *La vie quotidienne des aztèques...*, p. 199.

<sup>10</sup> Lo que decían los padres al llevar sus hijos al *Telpochcalli* puede verse en Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 319-320; los discursos de quienes los presentaban al *Calmécac*, *ibid.*, p. 325-327.

<sup>11</sup> Soustelle ha creído (*La vie quotidienne des aztèques...*, p. 201-202) que existió entre ambos tipos de escuelas un cierto antagonismo y oposición ideológica, simbolizados ya por las luchas míticas entre las dos divinidades, *Quetzalcóatl* y *Tezcatlipoca*, protectores respectivamente del *Calmécac* y el *Telpochcalli*. Sin embar-

Contrariamente a lo que muchos han creído, los dos tipos de escuela entre los nahuas no implicaban un criterio discriminatorio desde el punto de vista de lo que llamamos clases sociales. O sea que no es exacto que por ser hijo de *macehuales* (gente del pueblo) tenía necesariamente que ingresar un niño al *Telpochcalli* o, por descender de nobles, al *Calmécac*. Claramente habla a este respecto el *Códice florentino*, según el cual la entrada a uno u otro de los centros educativos dependía originalmente de la elección y consagración de los padres del niño a la divinidad protectora del *Telpochcalli* o del *Calmécac*:

Cuando un niño nacía, lo ponían sus padres o en el *Calmécac* o en el *Telpochcalli*. Es decir, prometían al niño como un don, y lo llevaban o al *Calmécac* para que llegara a ser sacerdote, o al *Telpochcalli* para que fuera un guerrero.<sup>12</sup>

Es cierto que la educación dada en los *Calmécac* era superior, ya que se fijaba más en el aspecto de la formación intelectual del estudiante. En este sentido, puede afirmarse que los *Calmécac* eran los centros donde los *tlamatinime* comunicaban lo más elevado de la cultura náhuatl. Por esto no es de extrañar que de ordinario estuvieran en ellos los hijos de los reyes, nobles y gente rica. Pero que no había un exclusivismo de clase lo prueba, entre otros, el testimonio de los informantes de Sahagún:

Los jefes, los nobles y además otros buenos padres y madres tomaban a sus hijos y los prometían al *Calmécac*; y también todos cuantos así lo querían.<sup>13</sup>

Sabemos ciertamente que de hecho la gran mayoría de la gente, siguiendo tal vez una arraigada tradición, consagraba a sus hijos al *Telpochcalli*, de donde saldrían convertidos en guerreros: “la gente

go, ni esto ni los lugares de Sahagún que aduce Soustelle parecen ofrecer sólida base histórica para suponer una pugna de doctrinas y tendencias educativas entre ambas escuelas.

<sup>12</sup> *Códice florentino*, lib. III, p. 49 (edición bilingüe: *Florentine Codex*, Part. IV, translated from Aztec into English by A. J. O. Anderson and Ch. E. Dibble); *AP I*, 60.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 59; *AP I*, 61.

(*in macehualtin*) —dice el mencionado *Código florentino*— dejaba a sus hijos en el *Telpochcalli*”.<sup>14</sup>

Mas el punto fundamental es que todos los niños y jóvenes nahuas, sin excepción, acudían a una u otra forma de escuela. Y como bien nota Soustelle:

Es admirable que en esa época y en ese continente un pueblo indígena de América haya practicado la educación obligatoria para todos y que no hubiera un solo niño mexicano del siglo XVI, cualquiera que fuese su origen social, que estuviera privado de escuela.<sup>15</sup>

Tomando esto en cuenta y partiendo del hecho de que la forma más elevada de educación se transmitía en el *Calmécac*, vamos a presentar los textos que nos informan acerca del género de vida que allí se llevaba, así como del supremo ideal buscado. En quince puntos divide Sahagún las que designa como “costumbres que se guardaban en la casa que se llamaba *Calmécac*”.<sup>16</sup> Entre la serie de actos más importantes que formaban lo que hoy llamaríamos su “reglamento”, y que iban dirigidos a la formación y autocontrol del propio de los educandos, mencionaremos los siguientes:

Barrían y limpiaban la casa todos a las cuatro de la mañana...

Los muchachos ya grandecillos iban a buscar puntas de maguey...

Iban a traer a cuestras la leña del monte que era necesaria para quemar en la casa cada noche...

Cesaban del trabajo un poco tempranillo y luego iban derechos a su monasterio a entender en el servicio de los dioses y ejercicios de penitencia, y a bañarse primero...

La comida que hacían la guisaban en la casa de *Calmécac*...

A la puesta del Sol comenzaban a aparejar las cosas necesarias...

Cada media noche todos se levantaban a hacer oración y al que no se levantaba y despertaba castigábanle punzándole las orejas, el pecho, muslos y piernas...<sup>17</sup>

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 49; *AP I*, 62.

<sup>15</sup> Jacques Soustelle, *op. cit.*, p. 203. Aduce Soustelle en el lugar citado el testimonio de Torquemada, quien afirma textualmente: “todos los padres en general tenían cuidado, según se dice, de enviar a sus hijos a estas escuelas o Generales... y eran obligados a ello...” (*Monarquía indiana*, ed. facsimilar, México, 1943, t. II, p. 187.)

<sup>16</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 327.

<sup>17</sup> *Loc. cit.*

Y siguiendo con el capítulo de los castigos que se imponían a los soberbios, borrachos o amancebados, así como a los que incurrían en lo que Sahagún llama “culpa venial”, continúa la descripción de las prácticas llevadas a cabo en el *Calmécac* con la mención de los ayunos, para concluir con lo más importante de todo, la referencia expresa a la educación intelectual que allí se daba:

Les enseñaban a los muchachos a hablar bien y a saludar y a hacer reverencia...

Les enseñaban todos los versos de cantos para cantar, que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres...

Y más, les enseñaban la astrología indiana y las interpretaciones de los sueños y la cuenta de los años...<sup>18</sup>

Tres son los puntos mencionados en lo tocante a la enseñanza de tipo intelectual. Se trata ante todo de la forma de hablar y de expresarse. El *Códice florentino* menciona esto diciendo que “se les enseñaba cuidadosamente un buen lenguaje” (*vel nemachtiloia in qualli tlatolli*).<sup>19</sup> O sea que en el plano intelectual comenzaba la educación por lo que hoy llamamos, siguiendo la terminología clásica, estudios de retórica. Y una prueba de que en esto salían aprovechados los jóvenes que acudían al *Calmécac* la tenemos en los múltiples discursos conservados en los *huehuehtlahtolli* y en los textos de los indígenas informantes. De hecho, todo el libro VI de la *Historia* de Sahagún es el mejor testimonio del *in qualli tlatolli* (buen lenguaje) aprendido por los antiguos alumnos del *Calmécac*. Y como otra confirmación de la notable diferencia que había entre esta forma culta o “noble” de hablar y la ordinaria del pueblo, nos encontramos también con que existían dos términos para designar estos distintos modos de expresión: *macehuallatolli* (forma de hablar del pueblo) y *tepillatolli* (lenguaje noble o cultivado).

El segundo aspecto de la educación intelectual mencionado por Sahagún y corroborado por la mayoría de los cronistas es el de la enseñanza de los cantares (*cuícatl*), así como especialmente de sus

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 329.

<sup>19</sup> *Códice florentino*, lib. III, p. 64.

“cantos divinos” (*teucuícatl*) que, según nota el *Códice florentino*, “estaban inscritos en los códices (*amoxxotoca*)”.<sup>20</sup> Contribuía esto, quizá más que ninguna otra cosa, a imbuir a los *momachtique* (estudiantes) en las doctrinas religiosas y filosóficas nahuas que, como hemos visto, se expresaban siempre por el camino de la poesía: “flor y canto”. En relación con la enseñanza del aspecto intelectual de la cultura náhuatl, escribió Durán, conocedor de primera mano de las *antiguallas* de los antiguos mexicanos:

Tenían ayos maestros prelados que les enseñaban y ejercitaban en todo género de artes militares, eclesiásticas y mecánicas y de astrología por el conocimiento de las estrellas, de todo lo cual tenían grandes y hermosos libros de pinturas y caracteres de todas estas artes por donde las enseñaban. Tenían también los libros de su ley y doctrina a su modo por donde los enseñaban, de donde, hasta que doctos y hábiles no los dejasen salir sino ya hombres...<sup>21</sup>

Junto con los cantares en los que se encerraba lo más elevado del pensamiento de los *tlamatinime*, eran instruidos los *momachtique* (estudiantes) en las artes de la cronología y astrología:

Se les enseñaba el *tonalpohualli* —dice el *Códice florentino*—, el libro de los sueños (*temicámatl*) y el libro de los años (*xiuhámatl*).<sup>22</sup>

Y para entrever siquiera los alcances de este último aspecto de la educación del *Calmécac*, es necesario recordar la variedad y complejidad de elementos que debían tomarse en cuenta para el manejo del solo *tonalámatl*. Esto, al igual que los complicados cálculos matemáticos exigidos por sus concepciones astronómicas, pone de manifiesto una vez más lo que ya se ha dicho: que el pensamiento náhuatl había alcanzado el supremo grado de la abstracción racional.<sup>23</sup> Por esto, enseñando a los estudiantes los cantares, se les comunicaba “la flor y el canto” de su pensamiento filosófico, y adiestrándolos en

<sup>20</sup> *Loc. cit.*

<sup>21</sup> Fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, t. II, p. 229.

<sup>22</sup> *Códice florentino*, lib. III, p. 65; *AP I*, 63.

<sup>23</sup> Acerca de la antigüedad que puede atribuirse a estas formas de calendario, el *tonalpohualli* y el *xiuhpohualli*, véase la primera parte del capítulo VI de este libro.

el conocimiento y manejo de sus sistemas cronológico-astronómicos, eran familiarizados con la rigidez del pensamiento matemático.

Y a esta doble formación del pensar se añadía —como lo señala expresamente el texto citado del *Códice florentino*— la enseñanza de la historia contenida en sus *Xiuhámatl* (libros o códices de años), en los que, como nota Garibay, “se anotaban la fecha, el hecho y las circunstancias de él”, a base de pinturas y signos numéricos.<sup>24</sup> Como sobre la concepción náhuatl de la historia vamos a tratar con mayor amplitud en este mismo capítulo, aquí destacamos tan sólo el hecho de que la enseñanza de los acontecimientos pasados, contenidos en los *Xiuhámatl*, formaba parte de la educación intelectual de los nahuas.

En esta forma es como los *tlatinime* cumplían su misión de “hacer sabios los rostros ajenos”.<sup>25</sup> Y si recordamos lo dicho acerca de la serie de actos o “costumbres” exteriores guardadas en el *Calmécac*, veremos que su inflexible rigidez, lo que pudiera llegar a describirse como dureza, iba precisamente dirigida a dar reciedumbre al aspecto dinámico de la personalidad: al *corazón*. Por medio de esa serie de actos y penitencias disciplinadas se forjaba el “querer humano”, capaz de controlarse a sí mismo. Parece, pues, que lo que buscaban los *tlatinime* con su educación en los *Calmécac* era perfeccionar la personalidad de sus discípulos en sus dos aspectos fundamentales: dando sabiduría a los rostros y firmeza a los corazones.<sup>26</sup>

Y esto no es una mera suposición. Nos lo confirman, entre otros, dos textos nahuas de auténtico valor histórico. El primero —de los informantes de Sahagún—, refiriéndose al ideal del hombre maduro (*omácic oquichtli*), dice:

El hombre maduro:  
un corazón firme como la piedra,  
un rostro sabio,

<sup>24</sup> Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, t. I, p. 453.

<sup>25</sup> *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 118v.

<sup>26</sup> Aun cuando el “dar firmeza a los corazones”, al que se dirigían todas las rígidas prácticas del *Calmécac*, implicaba un hondo sentido moral, dejamos para la sección siguiente el estudio expreso de lo que llamaremos aquí principios fundamentales ético-jurídicos de los nahuas.

dueño de una cara, un corazón,  
hábil y comprensivo.<sup>27</sup>

Tal era la meta, profundamente humanista, a la que pretendían llegar los *tlamatinime* con su educación. Y que con frecuencia llegaban a alcanzarla nos lo prueban todas esas figuras históricas, bastantes para hacer a cualquier pueblo sentirse orgulloso de sí mismo, como las de *Itzcóatl*, *Tlacaélel*, *Motecuhzoma Ilhuicamina*, *Cuitláhuac*, *Cuauhtémoc*, ejemplos de corazón recio; y las que se distinguen sobre todo por su “rostro sabio”, como *Nezahualcóyotl* y su hijo *Nezahualpilli*, acerca del cual puede aducirse, por vía de ejemplo, lo que escribió Torquemada:

Llegado a la edad de discreción, comenzó a dar olor de sí, de lo que después vino a ser en sus reinos, mostrando mucha prudencia, y uniformidad de voluntad, conque hacía igual rostro a todas las cosas, mostrando en lo adverso, ánimo invencible, y en lo próspero, y pujante, poca alteración de gozo, y alegría. Dicen que fue grande astrólogo, y que se preciaba mucho de entender los movimientos de los astros celestes; y con esta inclinación, que a estas cosas tenía, hacía inquisición por todas las partes de sus reinos, de todos los que sabían algo de esto, y los traía a su corte, y comunicaba con ellos todo lo que sabía, y de noche se subía a las azoteas de su palacio, y desde allí consideraba las estrellas, y argüía con todos lo que de ellas dificultaban. Al menos, yo sé decir, haber visto un lugar, en sus casas, encima de las azoteas, de cuatro paredes, no más altas que una vara, ni más ancho el lugar que lo que puede ocupar un hombre acostado, y en cada esquina tenía un hoyo o agujero, donde se ponía una asta, en las cuales colgaban un cielo. Y preguntando yo, que de qué servía aquel cuadro?, me respondió un nieto suyo (que me iba mostrando la casa) que era

<sup>27</sup> *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VI, f. 215; *AP I*, 64. En un ensayo titulado “Apuntes sobre la psicología colectiva y el sistema de valores en México antes de la Conquista”, incluido en la obra *Estudios antropológicos publicados en homenaje al Dr. Manuel Gamio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, p. 497-502, llega Soustelle a una parecida conclusión, destacando el control de sí mismos como una de las metas buscadas por la educación en los *Calmécat*: “un ideal de moderación, del justo medio, algo que hace pensar en la condenación de la violencia (*hybris*) por los antiguos Griegos”. (*Op. cit.*, p. 500.)

del señor Nezahualpilli, para cuando de noche iba con sus astrólogos a considerar los cielos, y sus estrellas...<sup>28</sup>

El segundo texto a que se aludió antes, para confirmar lo dicho acerca del ideal educativo de los nahuas, proviene del *Códice florentino* y se refiere a las cualidades que debían tener los que iban a ser elegidos como sumos pontífices, “Sacerdote de nuestro Señor” (*Tótec tlamacazqui*) *Quetzalcóatl* y “Sacerdote de Tláloc” (*Tláloc tlamacazqui*) *Quetzalcóatl*:

aun cuando fuera pobre o miserable,  
aun cuando su madre y su padre fueran los pobres de los pobres...  
no se veía su linaje,  
sólo se atendía a su género de vida...  
a la pureza de su corazón,  
a su corazón bueno y humano...  
a su corazón firme...  
se decía que tenía a Dios en su corazón,  
que era sabio en las cosas de Dios...<sup>29</sup>

Éste era el supremo ideal humano al que se dirigía la *Tlacahua-pahualiztli* (“arte náhuatl de criar y educar hombres”). Pasando por encima de toda diferencia social: “no se veía su linaje” (*amo tlacamecáiotl motta*), se fijaban en lo más elevado del hombre, su persona: “su corazón bueno, humano y firme” (*in qualli yiollo, in tlapaccaihioviani, in iollótetl*); y si se traslucía que “tenía a Dios en su corazón” (*téutl yiollo*) y que era “sabio en las cosas divinas” (*in tlateumatini*), era elegido por sacerdote supremo y recibía el título de *Quetzalcóatl*, símbolo náhuatl del saber y del origen de todo lo bueno que abarca el término *toltecáyotl*, entendido abstracta y colectivamente a la vez: la *toltequidad*.

<sup>28</sup> Fray Juan de Torquemada, *op. cit.*, t. I, p. 188.

<sup>29</sup> *Códice florentino*, lib. III, p. 67; *AP I*, 65.